

Christian Jolibois
Christian Heinrich

La gallinita que quería ver el mar



al sol
solito



Christian Jolibois

La gallinita que quería ver el mar



Ilustraciones de Christian Heinrich

EDICIONES
PANAMERICANA
MÉXICO S.A. de C.V.

Libros
del Rincón

SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



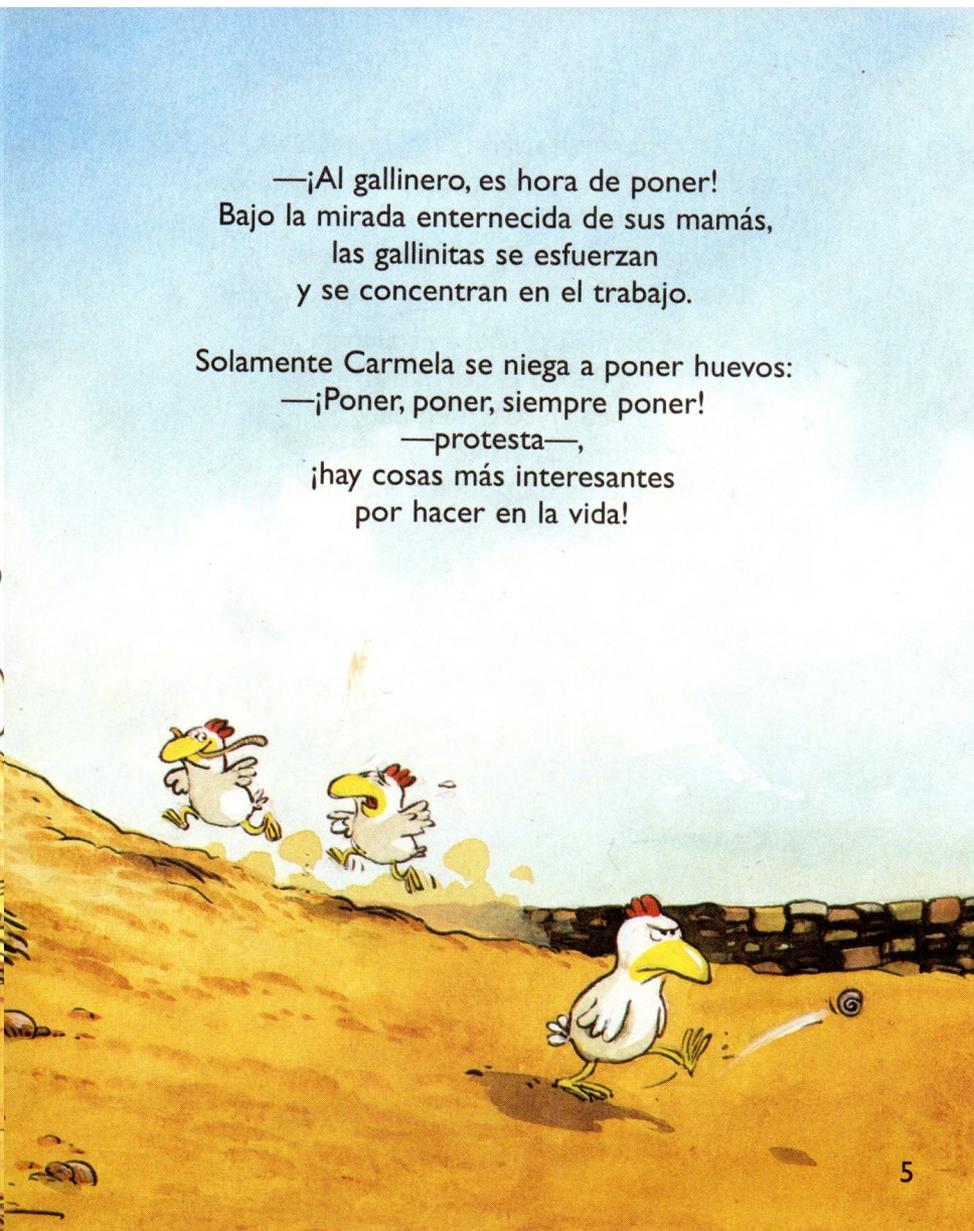
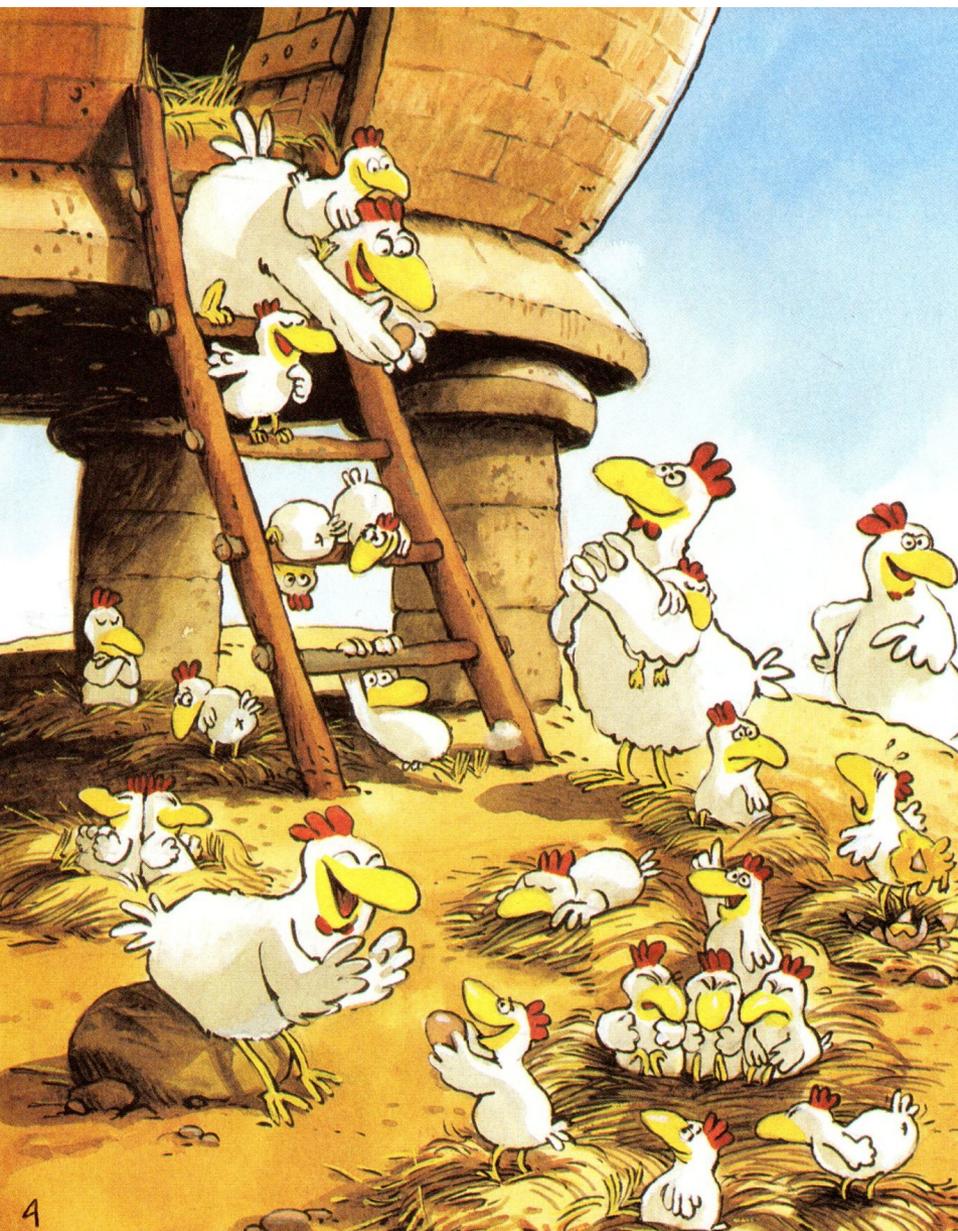


A Clara, mi primerísima lectora.
Tu padre,
C. Jolibois



A Antonio, pequeño,
pequeñito viajero en camino.
Papá,

C. Heinrich



—¡Al gallinero, es hora de poner!
Bajo la mirada enternecida de sus mamás,
las gallinitas se esfuerzan
y se concentran en el trabajo.

Solamente Carmela se niega a poner huevos:
—¡Poner, poner, siempre poner!
—protesta—,
¡hay cosas más interesantes
por hacer en la vida!

Carmela prefiere escuchar
a Pedro el cormorán
hablar sobre el mar.
¡Pedro ha viajado mucho!
Y aunque es un poquito mentiroso,
a la gallinita le encantan
las maravillosas historias que le cuenta.

“Un día, yo también iré a ver el mar”,
piensa la gallinita.



Una tarde, a la hora de volver al gallinero
para acostarse a dormir,
Carmela se rebela:
—¡Me niego a irme a acostar
como las gallinas!



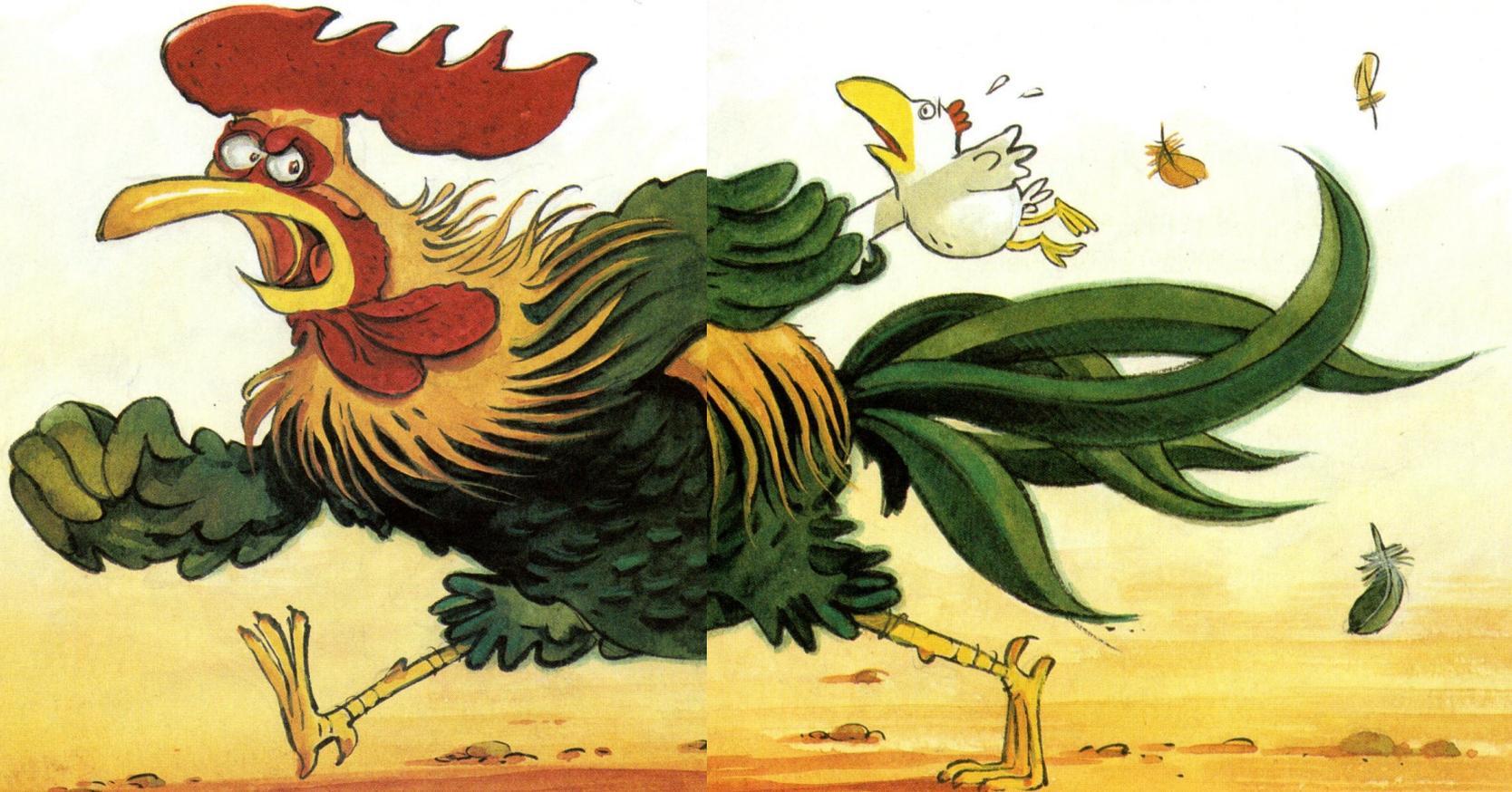
¡Yo,
yo quiero
ir a ver
el mar!



—¿Ir a ver el mar?
¡Y de paso te quedas allí!

El padre de Carmela no había oído nunca
cosa tan loca.

—¿Acaso yo viajo?
¡Aprende, Carmela, que el mar
no es un sitio conveniente
para una gallinita!
¡Vamos, al nido!





Esa noche,
Carmela no logró
conciliar el sueño.
De repente, sin aguantarse más,
se levantó.

—Está decidido, ¡me voy!
¡Me voy a ver el mar!





Carmela mira por última vez
a su papá, a su mamá,
a sus hermanos, a sus hermanas,
a sus primos, a sus primas,
y deja el gallinero sin hacer ruido.

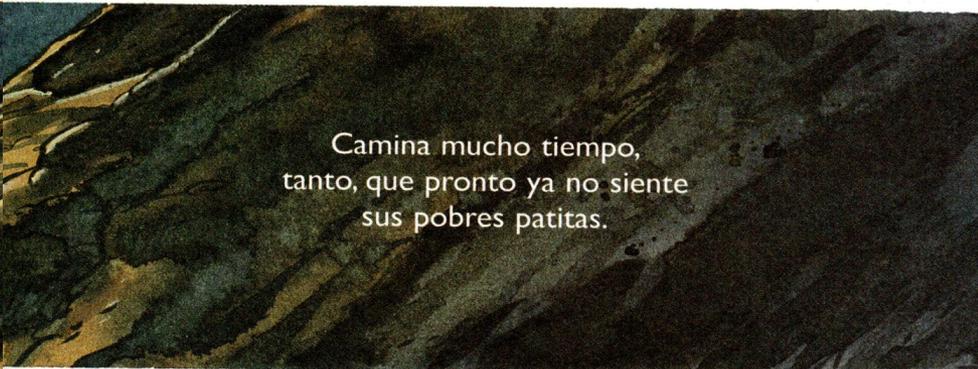




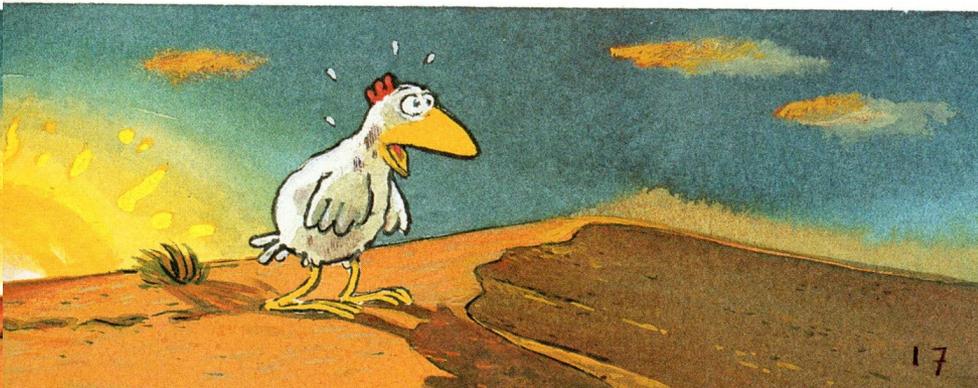
Con mucha valentía,
Carmela se interna en la noche...



Camina mucho tiempo,
tanto, que pronto ya no siente
sus pobres patitas.



Pero por la mañana,
sus esfuerzos se ven recompensados.
Al llegar a la cima de una duna,
divisa, finalmente...



... ¡el mar!

Carmela está deslumbrada
por el maravilloso espectáculo
que está frente a ella.

—¡Cómo es de lindo! —exclama la gallinita—.
Mucho más lindo
de lo que me contó Pedro.

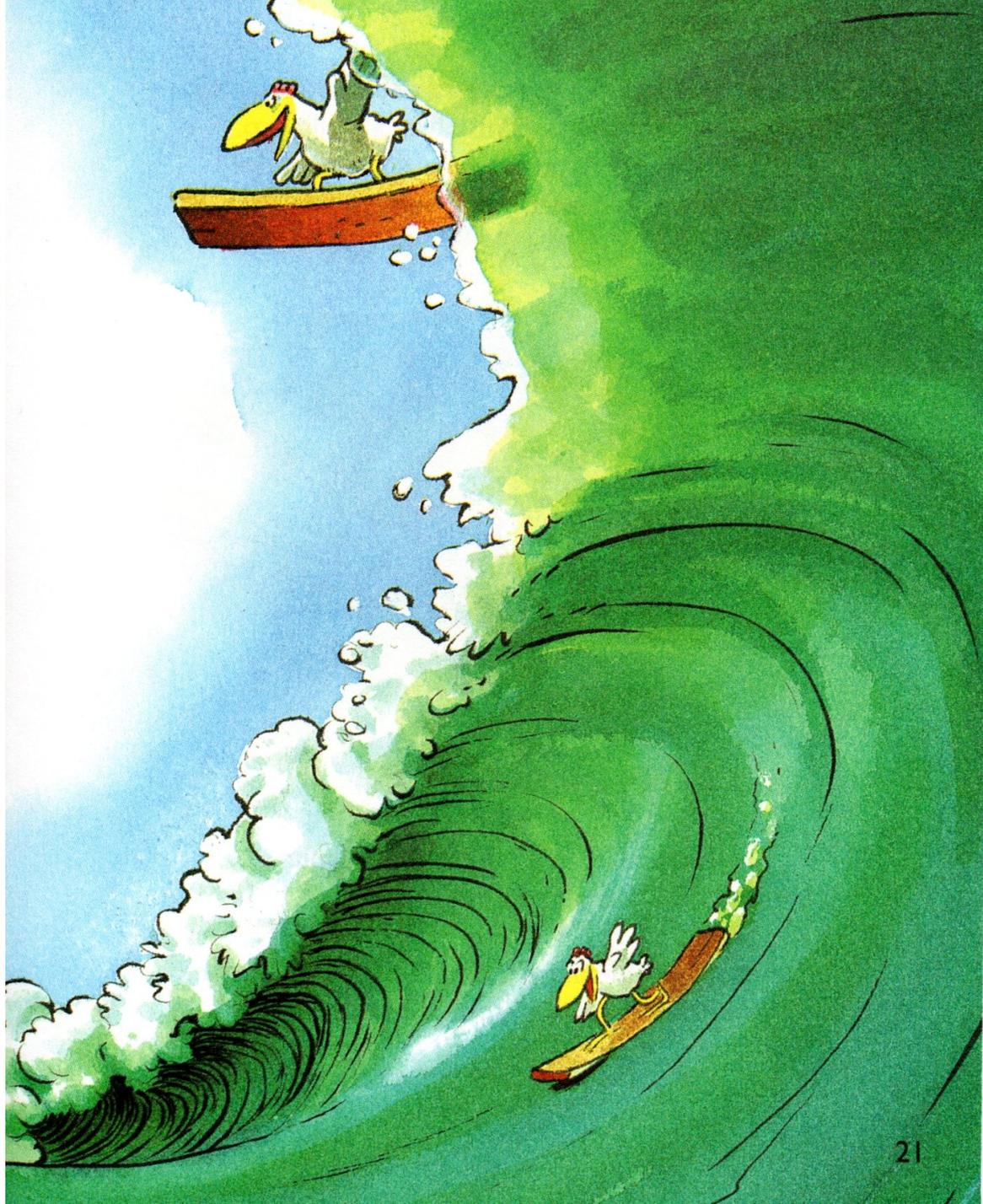


Impresionada por las inmensas olas,
Carmela duda en meterse al agua.

Comienza haciendo
castillos de arena,
recogiendo conchitas,
probando camarones.

Después, se lanza al mar.
Traga agua —¡glup!, ¡glup!—
tose, escupe, cae de plancha,
nada, se sumerge, se resbala,
y hasta hace pipí en el agua...
Y ríe y ríe...





El día empieza a caer
y Carmela sueña con volver al gallinero.
Pero ¡horror! ¡La costa ha desaparecido!
Imposible encontrar tierra firme.



—¡Papá, mamá! —grita la gallinita.
Pero nadie responde.

Vencida por el cansancio, Carmela se duerme,
perdida en la inmensidad del océano.





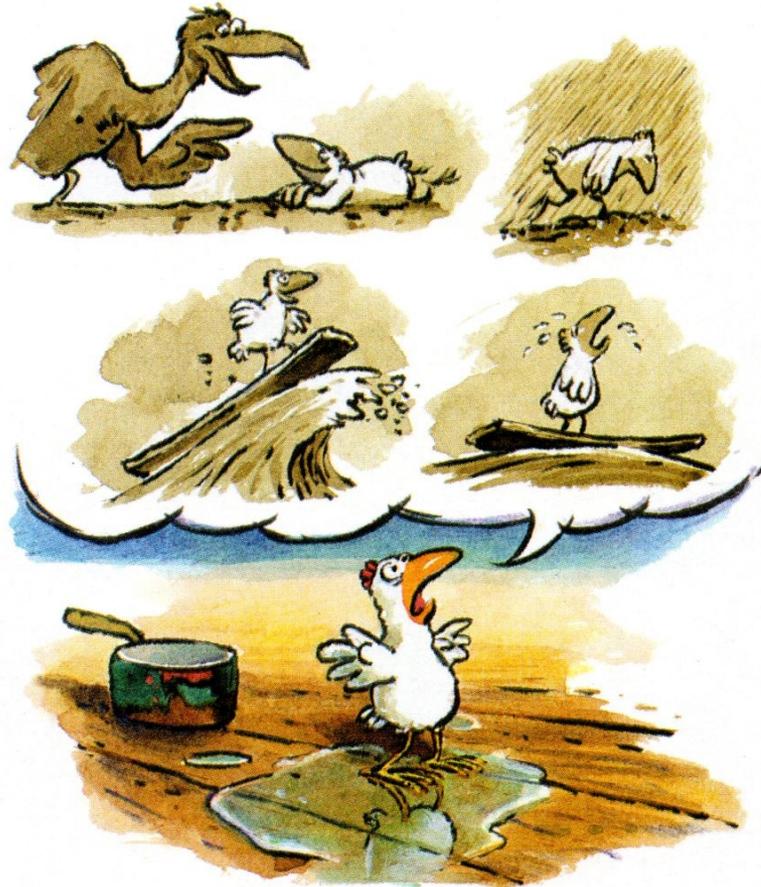
De repente,
unos gritos agudos
la sacan de su sueño:
—¡Gallina, gallina a la vista!
Tres formidables barcos
acaban de aparecer:
son tres bellas carabelas.
Es el gran Cristóbal Colón
en persona que hace su travesía
hacia el Nuevo Mundo.

De pronto una ola enorme
lanza a Carmela a la cubierta
de la *Santa María*.

—¡Desplumen esa ave y pónganla a cocinar! —ordena el capitán.



Carmela se niega a que se la coman.
Entonces relata su increíble viaje
para impresionar a Cristóbal Colón.



—¡Es suficiente! —se enfurece Cristóbal Colón—.

¡A la cacerola!

—Espere capitán —exclama Carmela—.

¡Un huevo!

Prometo poner un huevo fresco
cada mañana para su desayuno.
Será el huevo de Cristóbal Colón.



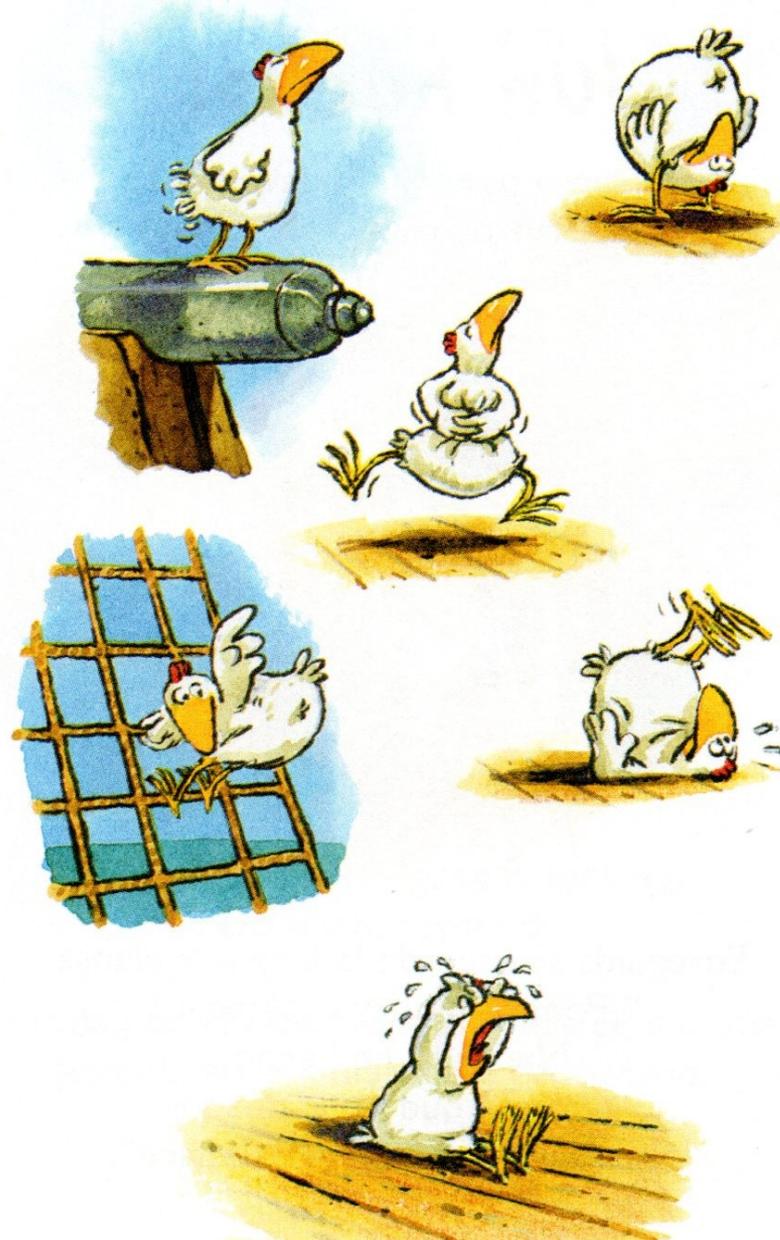
Enseguida se muerde la lengua y piensa:

“¡Poner un huevo? ¡Auxilio!

Nunca lo he hecho.

Y mamá que no está aquí
para mostrarme cómo se hace”.

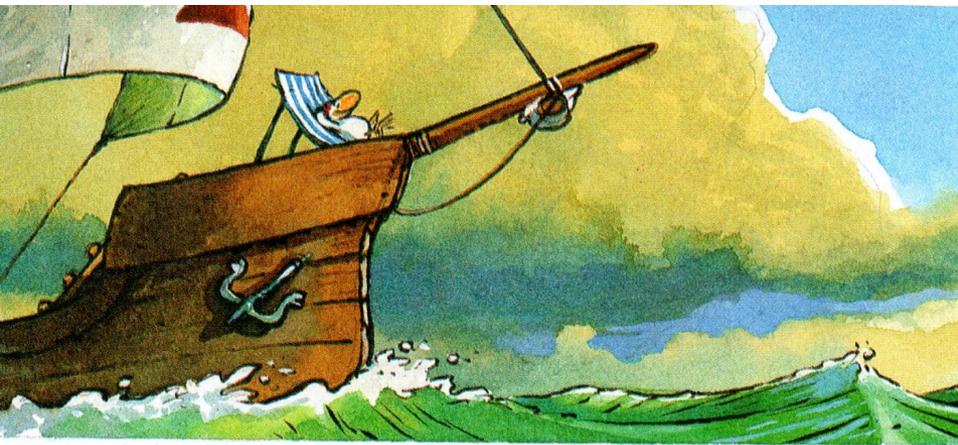
—¡Bah! ¡Eso no debe ser tan complicado!
Y se pone en la tarea:





—¡Listo! ¡Lo logré, lo logré! ¡Qué faaaaaácil!
¡Puse un huevo, puse un huevo!

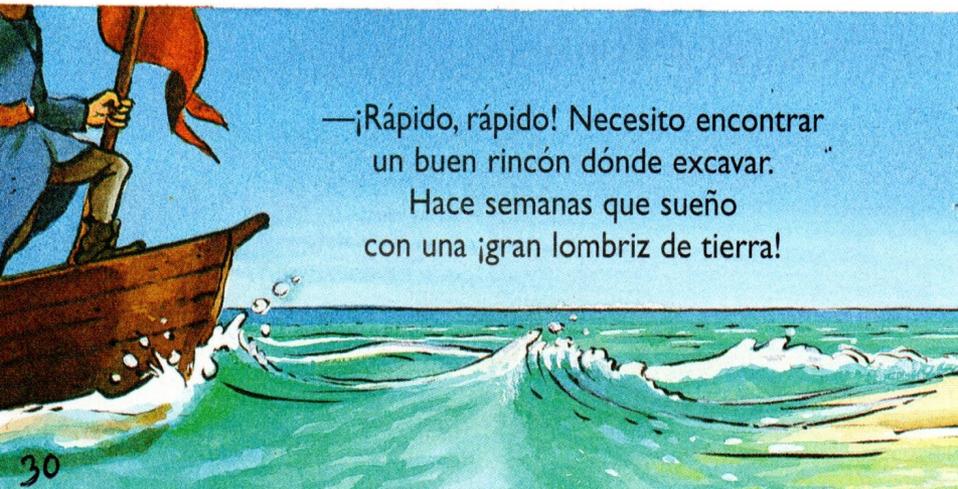




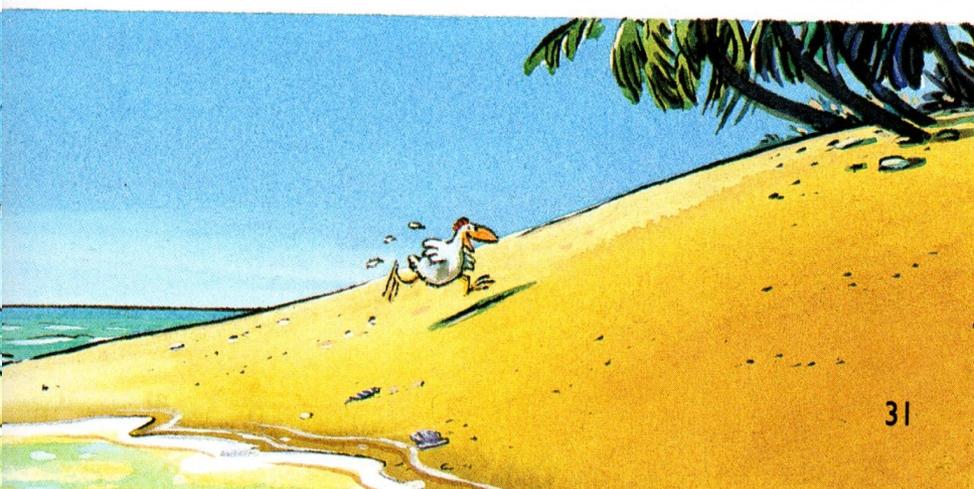
El tiempo pasa
a bordo de la carabela.



Una mañana, mientras está
poniendo su trigésimo primer huevo,
la gallinita divisa una playa
y un inmenso bosque en el horizonte:
Carmela acaba de descubrir ¡América!



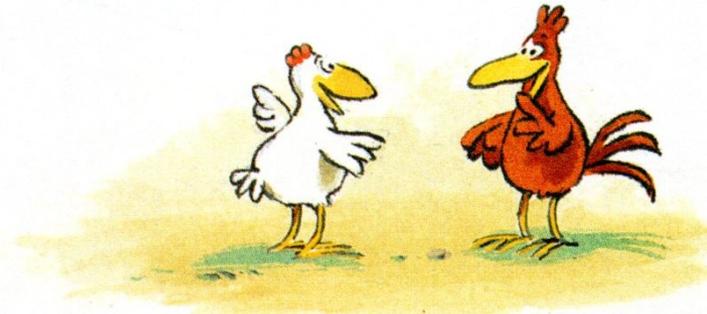
—¡Rápido, rápido! Necesito encontrar
un buen rincón dónde excavar.
Hace semanas que sueño
con una ¡gran lombriz de tierra!

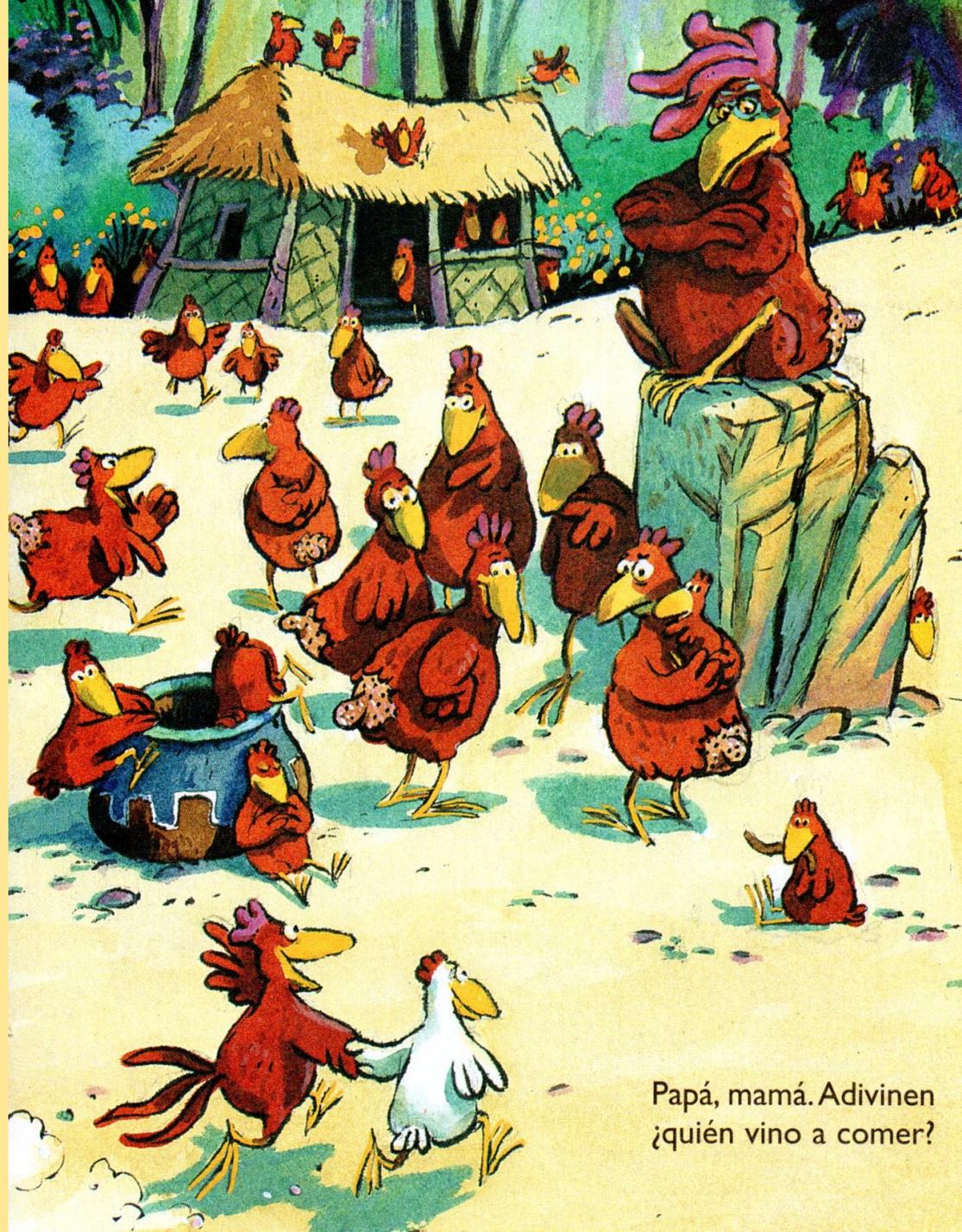


A la sombra de unos grandes árboles, un gallito la observa:
—¡Vaya, vaya! ¡Una gallinita blanca!



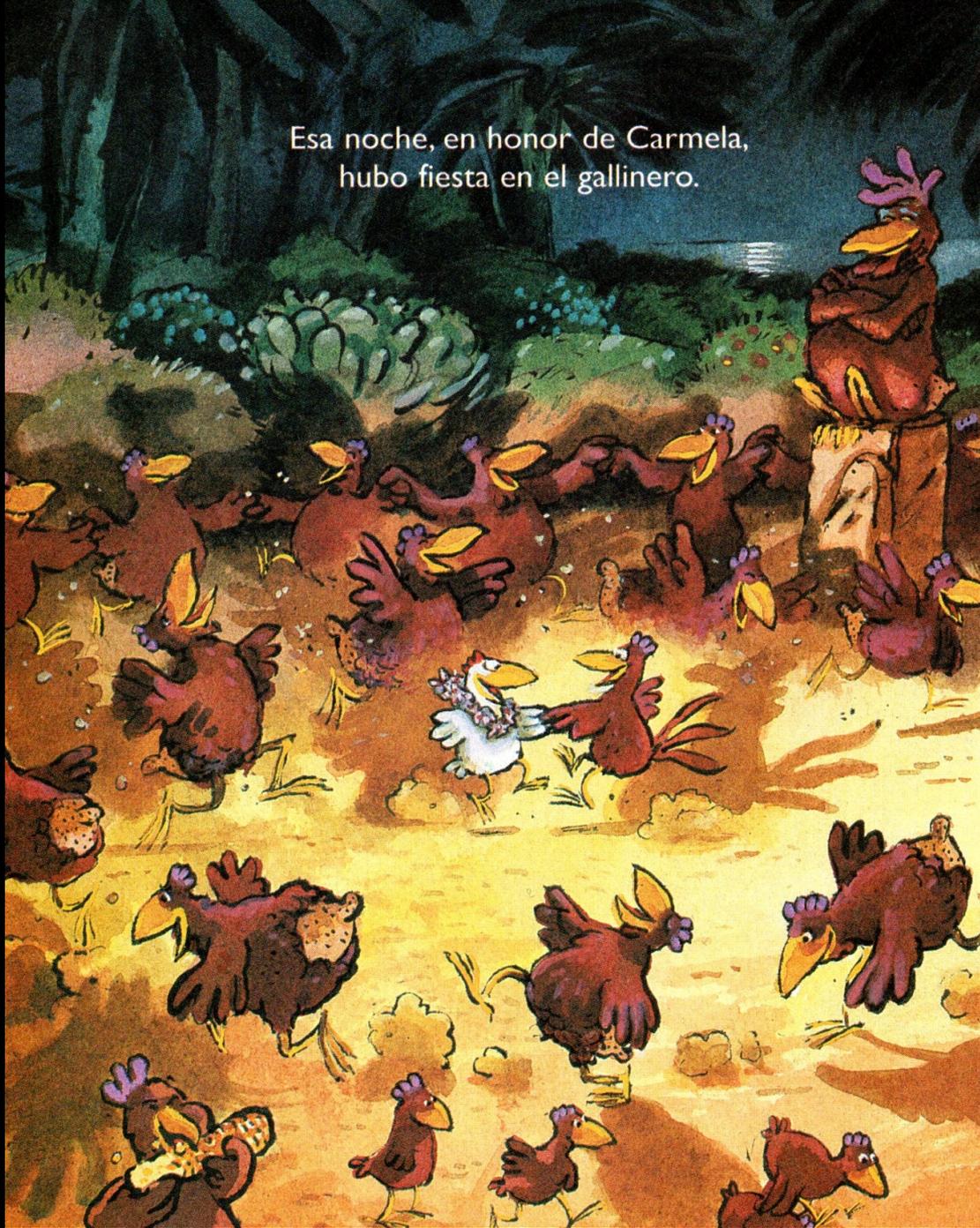
Con timidez, Carmela se aproxima:
—Buenos días, me llamo Carmela...
—Yo soy Pitikok...
—Vengo de un gallinero lejano,
del otro lado del mar...
—¡Caaaaaaaramba! ¡Sí que vienes de muy lejos!
—Eres muy rojo, Pitikok...
—Y tú eres muy bonita, Carmela.
Ven, voy a presentarte a mis padres.



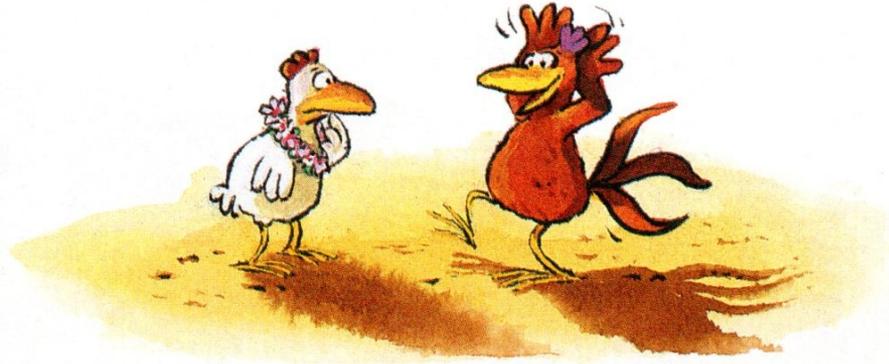


Papá, mamá. Adivinen
¿quién vino a comer?

Esa noche, en honor de Carmela,
hubo fiesta en el gallinero.



—Pitikok, quisiera preguntarte...
¿Por qué las gallinas de aquí
tienen la cola pelada?



—Es la costumbre. Los indígenas utilizan
nuestras plumas más lindas para verse más apuestos.
Carmela, sígueme al escondite secreto,
allí estaremos tranquilos.

—¡Súper! Dime: ¿puedo comer
otro de esos caramelos amarillos?

—No son caramelos, es maíz.

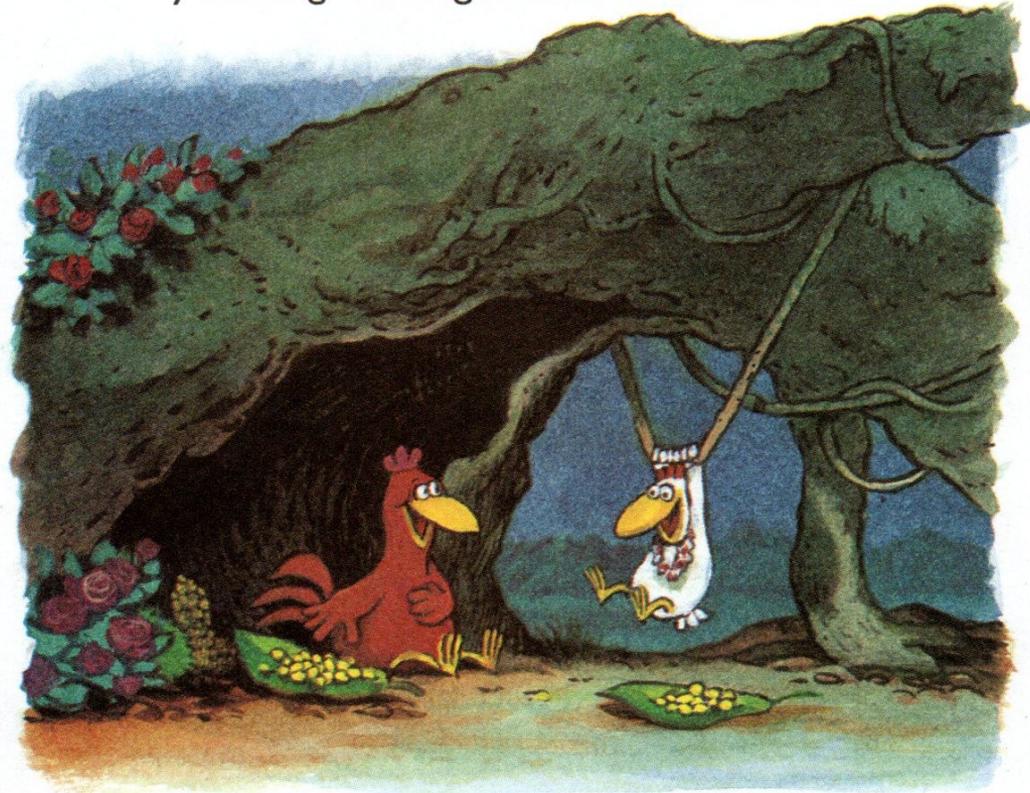


Pitikok quiere saberlo todo sobre Carmela.

—¿Tienes hermanos, hermanas?

¿Cómo es tu casa?

Carmela le habla de su viejo gallinero
y de su gran amigo Pedro el cormorán.



“Es muy graciosa”, piensa Pitikok.

—Oye Carmela...

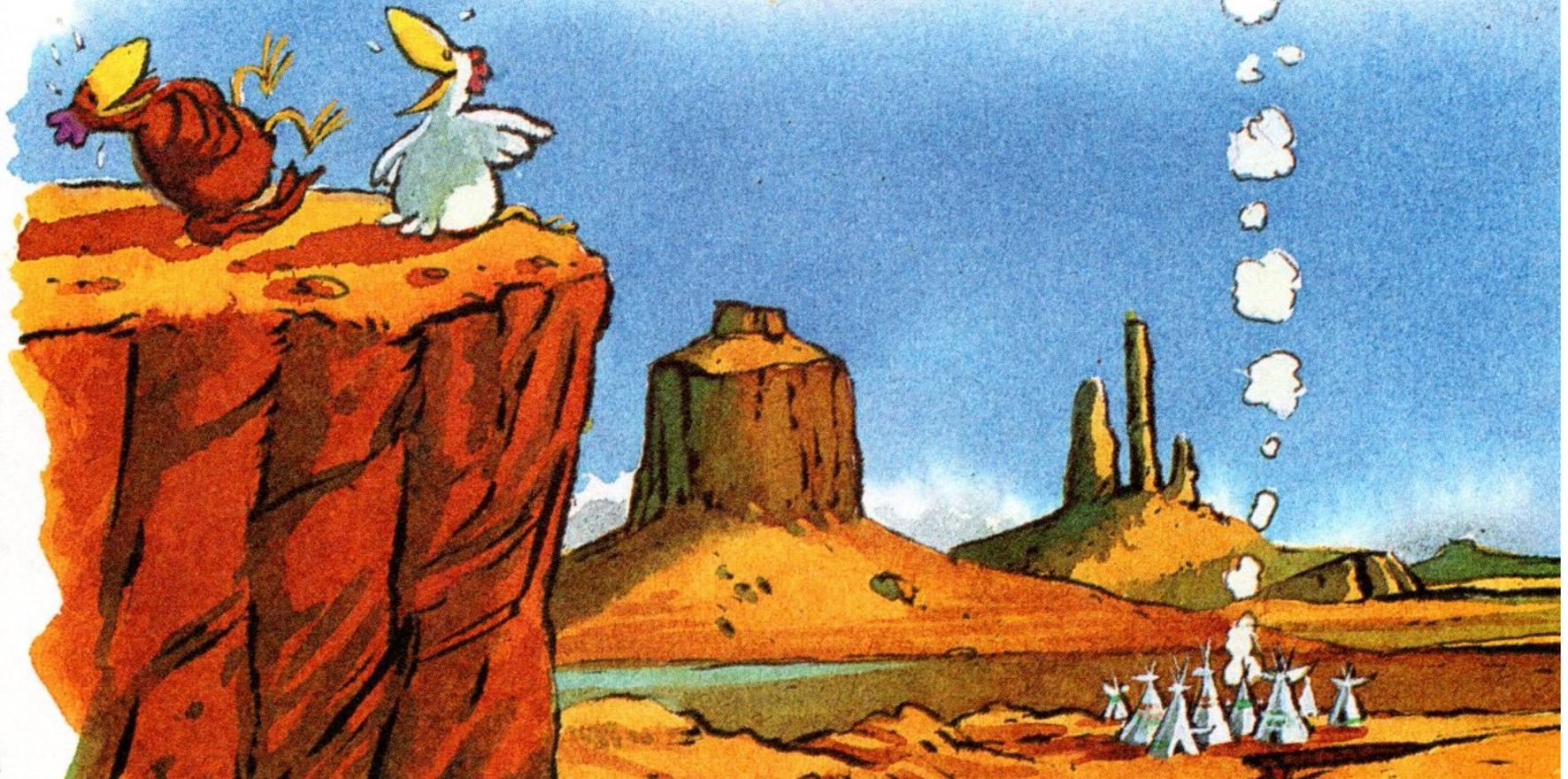
—Dime Pitikok...

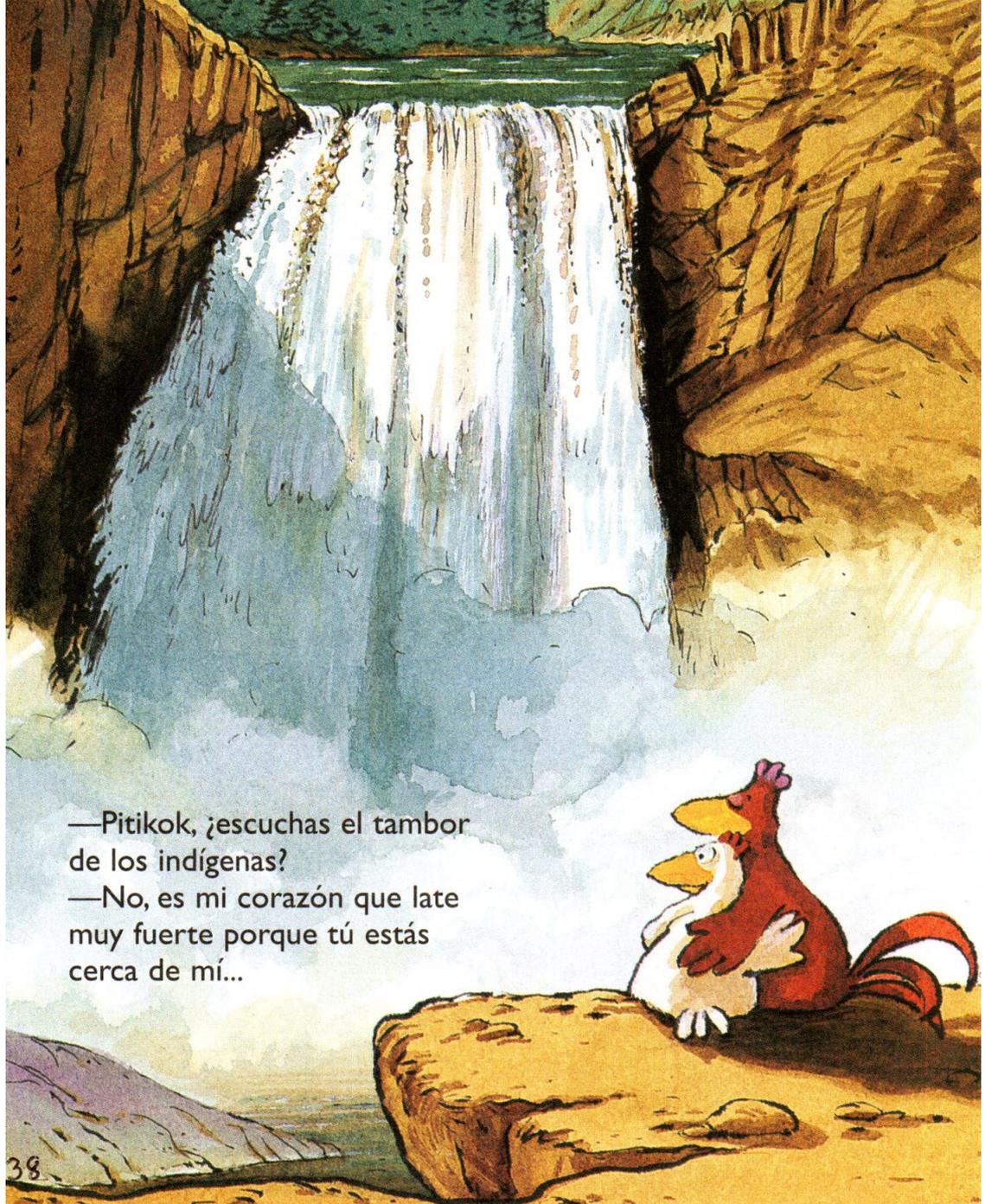
—Si estás de acuerdo, mañana
te llevo a visitar mi terruño.



Y fue así como se fueron de excursión
bajo la guía de Pitikok.

Pasaron los días y descubrieron
que les gustaban las mismas cosas.
Nunca habían sido tan felices.



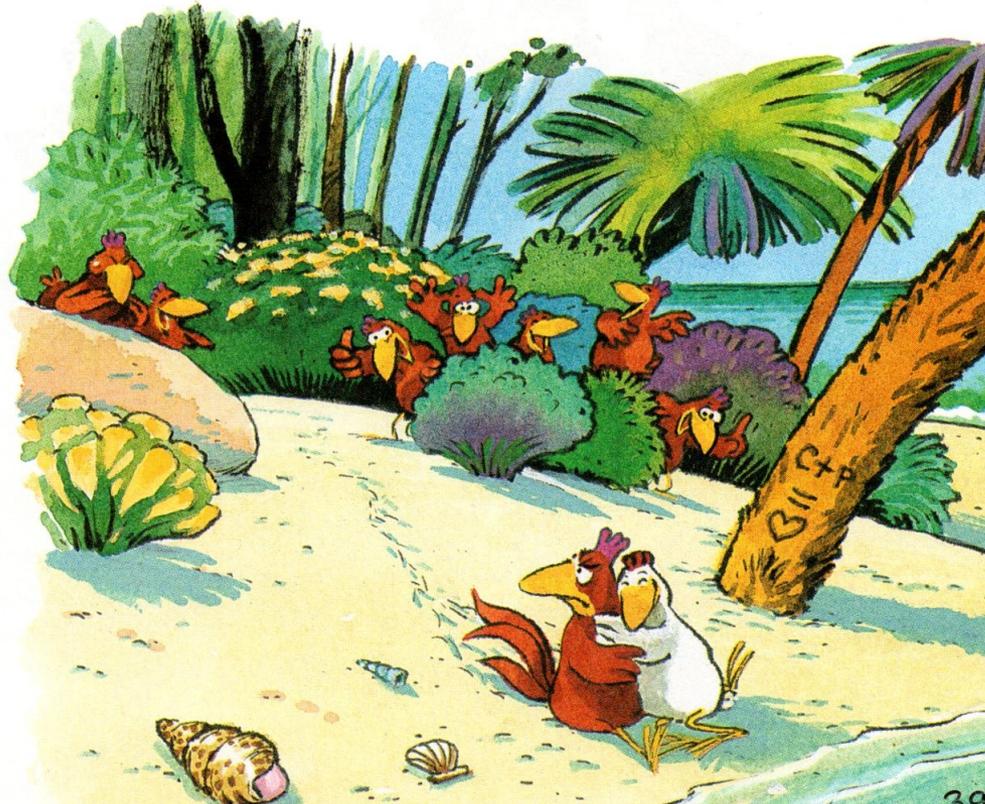


—Pitikok, ¿escuchas el tambor
de los indígenas?
—No, es mi corazón que late
muy fuerte porque tú estás
cerca de mí...



Carmela y Pitikok regresaron
al gallinero de las gallinas rojas.
Ya no se separarían nunca.

—¡Yuju, los enamorados!
¡Ah, el amoor, el amoor!

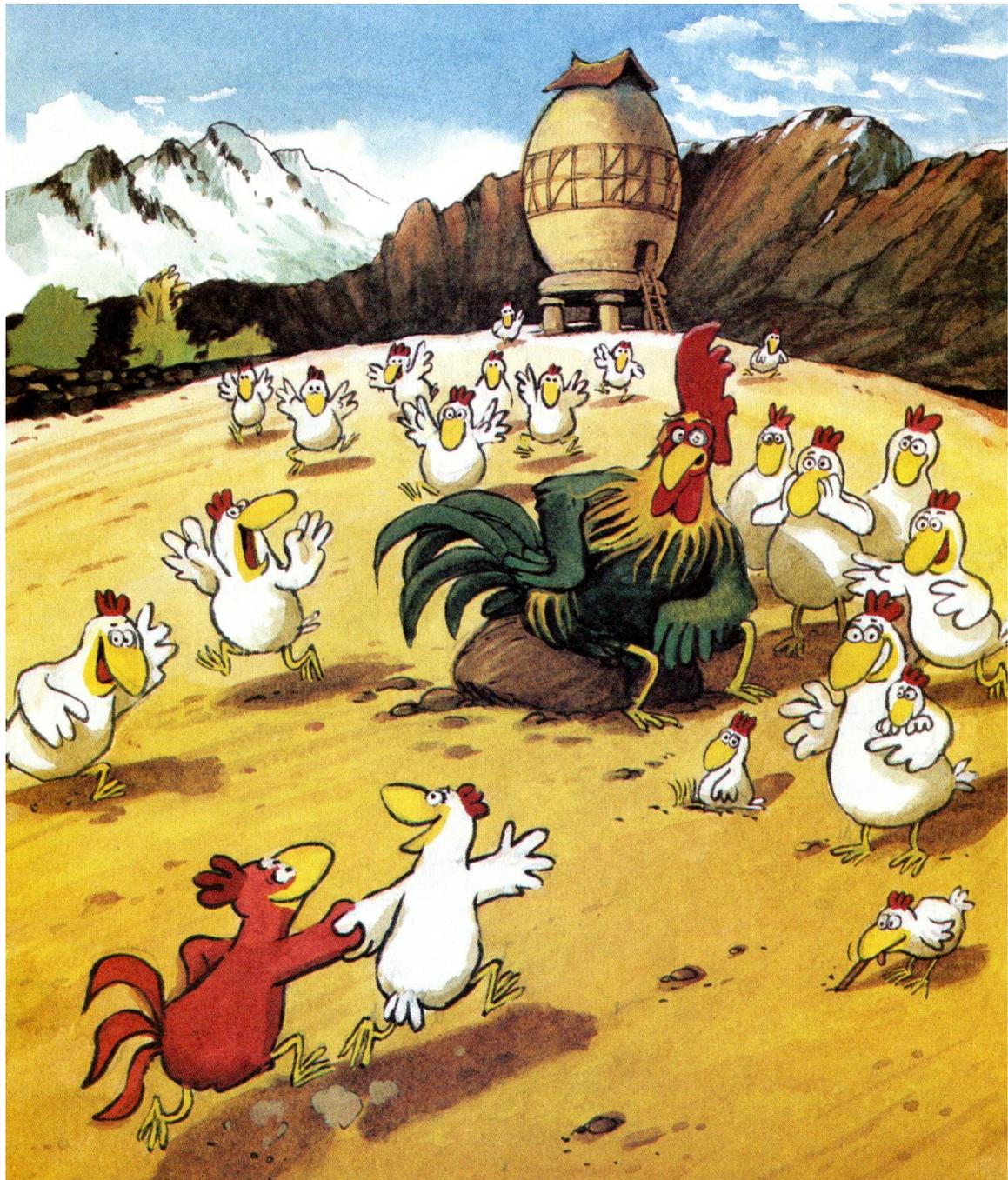


El tiempo pasó muy rápido.
Un día Cristóbal Colón dio la orden
de izar las velas de su barco.
¡Era tiempo de regresar!
Pitikok estaba tan enamorado de Carmela,
que decidió irse con ella,
no sin antes despedirse de toda su familia.



—Buuuuuuu —lloriquea su mamá—.
Uno cría a su bebé
y un día él te abandona..





Después de varias semanas,
Pitikok y Carmela llegan, por fin, al viejo gallinero.

—¡Heeey! ¡miren quién está de regreso!

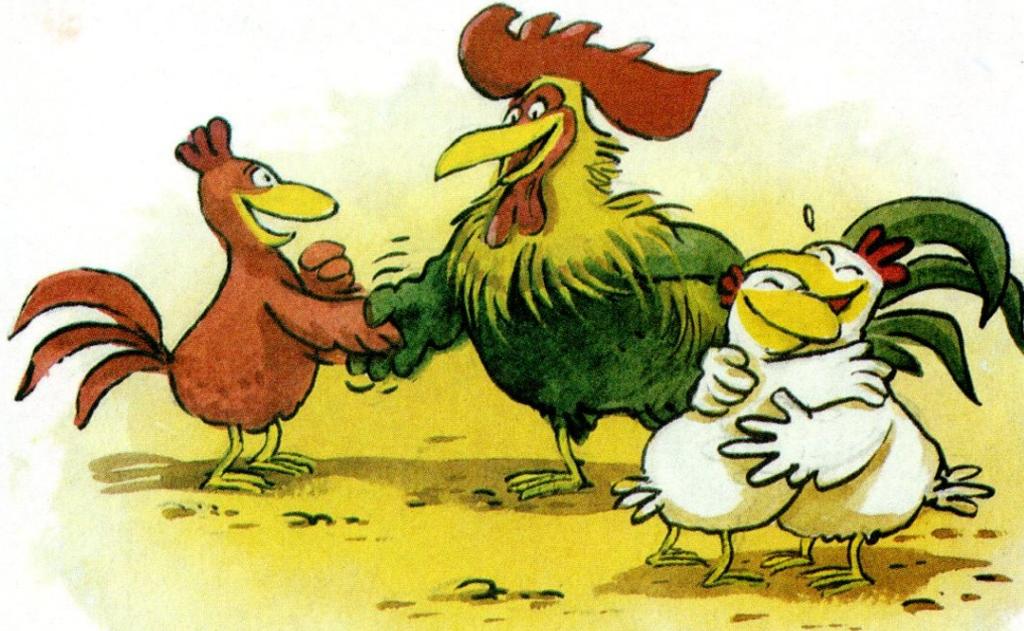
—¡Es Carmela! ¡Carmela está de vuelta!

—¡Mamá!

—¡Mi polluela! Déjame mirarte.

¡Cómo has crecido!

Te volviste una verdadera damita.



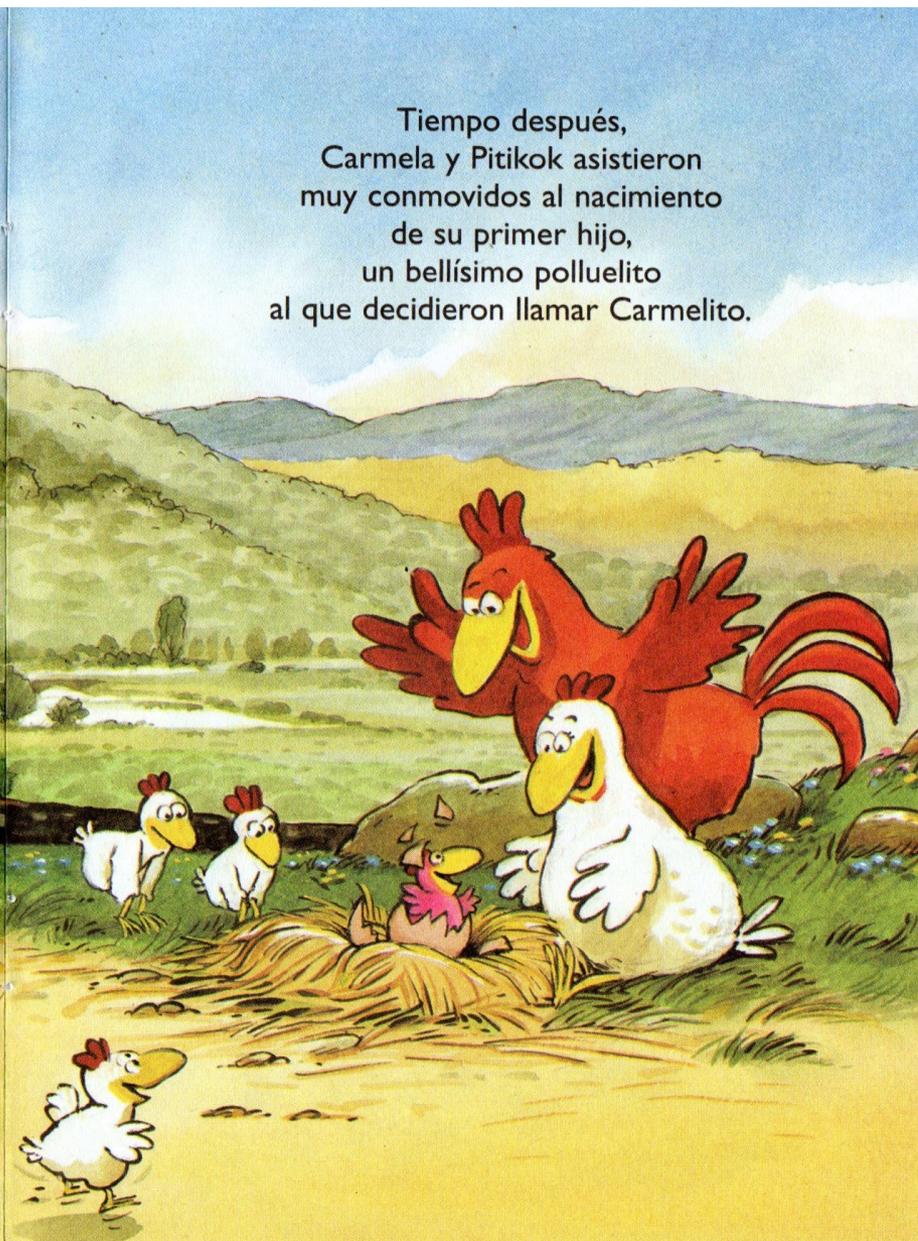
—Y ¿quién es ese encantador pollo?

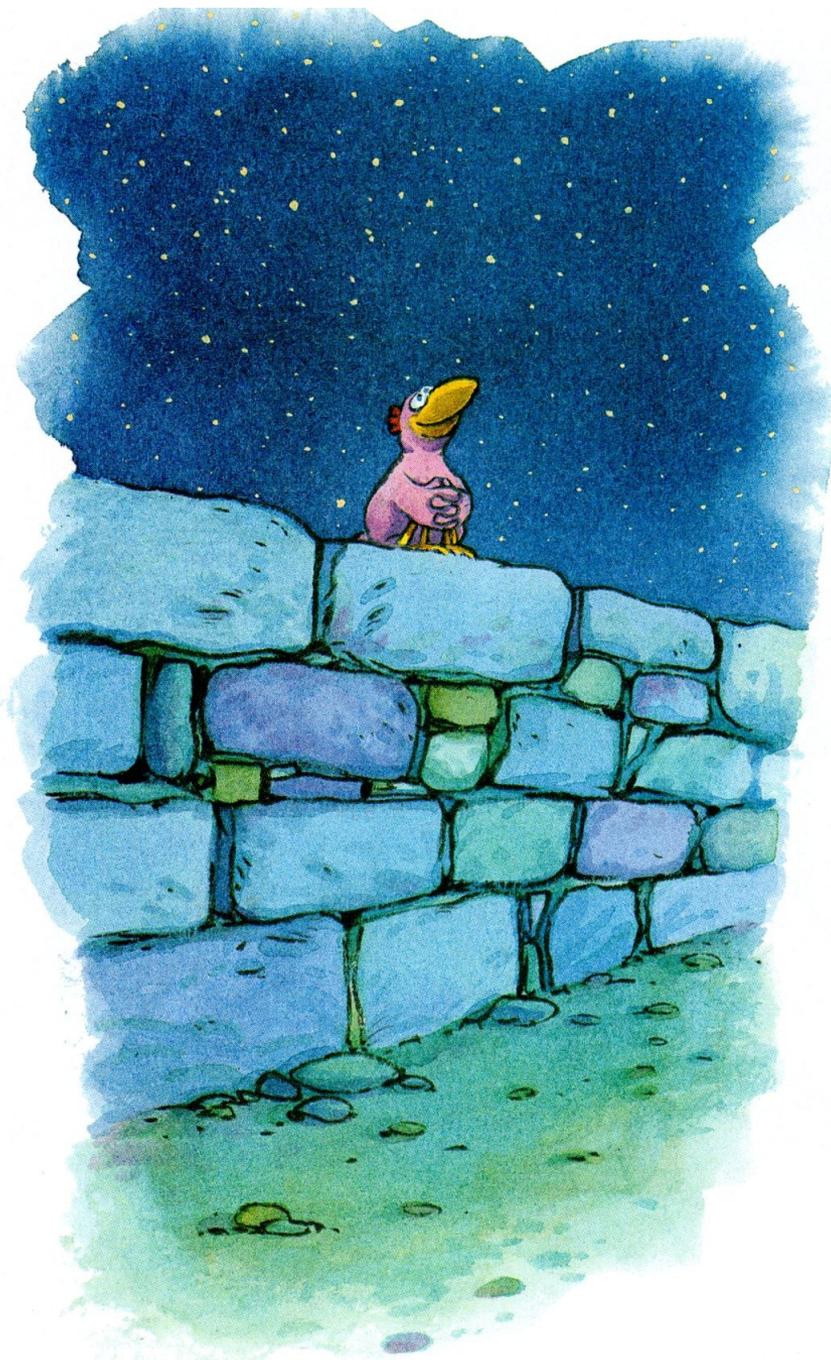
—Me llamo Pitikok, señor.

—Bienvenido a nuestro gallinero,
mi compa.



Tiempo después,
Carmela y Pitikok asistieron
muy conmovidos al nacimiento
de su primer hijo,
un bellissimo polluelito
al que decidieron llamar Carmelito.





Y algunos meses más tarde...

—Carmelito ¡es hora de entrar!

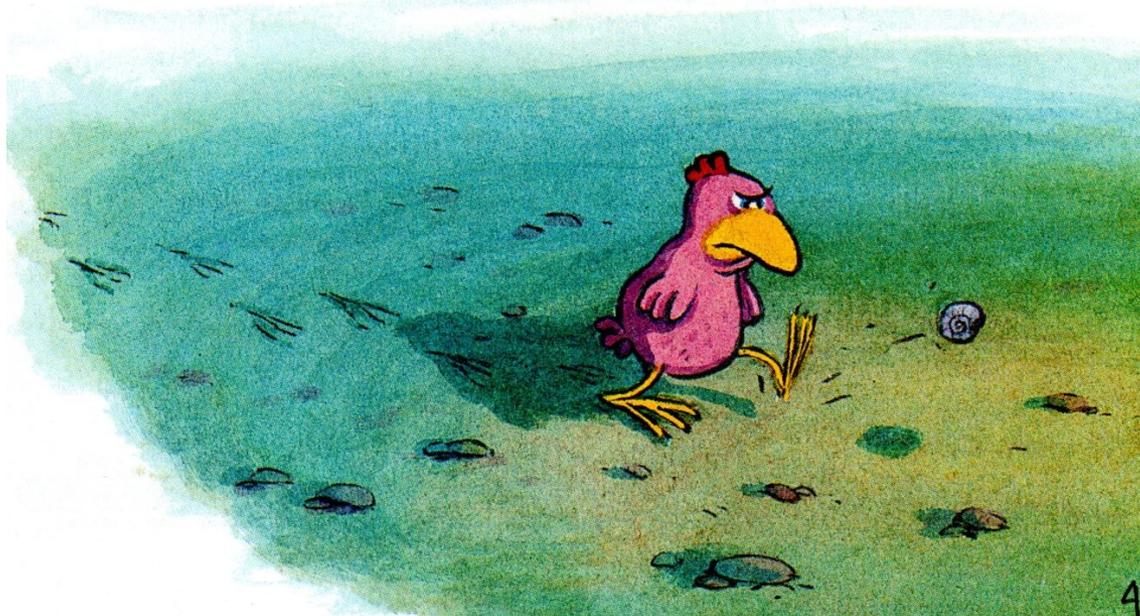
—¿Ya? Otro ratito, mamá,
estoy viendo las estrellas que brillan en el firmamento.

—¡Es hora de ir a dormir!

—¡Dormir, dormir, siempre dormir!

Me niego a acostarme
como las gallinas —protesta Carmelito—.

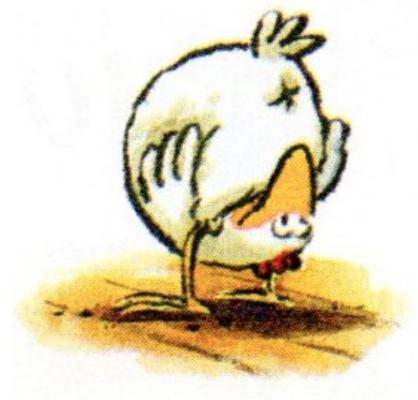
Hay cosas más interesantes
por hacer en la vida...



**¡Yo,
yo quiero conocer
las estrellas!**



Y colorín colorado...
este cuento se ha acabado



Ésta es la historia de una gallinita que de tanto escuchar historias maravillosas sobre marineros, decide un día escapar de su gallinero para conocer el mar. En su viaje se cruzará con un marinero, Cristóbal Colón, lo que le permitirá explorar tierras desconocidas y encontrar el amor de un apuesto gallito indígena.

Christian Jolibois nació cerca de París, Francia en 1948. A los 17 años tomó clases de actuación y ganó un premio de comedia. Ha escrito obras de teatro, actividad a la cual se dedicó por mucho tiempo. Cuenta con más de 40 títulos infantiles, algunos de los cuales han sido premiados y publicados en varios idiomas.

Christian Heinrich nació en 1956 en Colmar, un pequeño pueblo de Alsacia, Francia. Se graduó en la Escuela de Artes Decorativas de Estrasburgo y más tarde se convirtió en ilustrador de exitosos libros para niños.